



NÚM. 113

BARCELONA, 6 JULIO 1901

25 CENTS

Ayuntamiento de Madrid

## DEL PASADO

Fué en los tiempos aquellos que inspiraban á los poetas españoles hermosísimas leyendas. Había entonces una costumbre poética como todas las costumbres populares: los mozos, en alegres rondallas, iban á colmar de alegría á las doncellas, que fiaban su suerte matrimonial al nombre que en la noche de San Juan se dejase oír bajo su ventana.

Se querían muchísimo; mil veces se lo habían jurado. Era ella una morena con unos ojos muy negros, en los cuales lucía una llama extraña, indicadora de dulzuras y promesas que solo pueden soñarse; con una boca pequeña que parecía un nido de besos y unos colores en las mejillas que hacían palidecer á los de las rosas que prendidas en el pelo llevaba.



Y él era un mozo de los *crudos*, bien plantado, gallardo y capaz de cometer las mayores locuras por tener contenta á su chiquilla.

Estuvieron hablando largo rato; él, muy despacio como quien tiene que decir cosas muy importantes, y ella le oía atenta, sonriendo siempre y prometiendo con sus miradas dulzuras inexplicables.

—En fin, —exclamó él, —quiero que de una vez se disipen tus tristezas y hacer saber al mozo ese que tu cariño no es para nadie mas que para mí.

—Mira, —le dijo ella, —no le busques; tiene muy mala sangre y pudiera darnos un disgusto. ¡No te importe lo que diga! Ya sabes que solo á ti te quiero, así es que vale más dejarlo.

Y se despidieron como siempre: con un apretón de manos y una sonrisa.

Era la noche de San Juan. Ella había regresado de la iglesia, en donde encomendó su suerte al nombre que se oyese pronunciar bajo su ventana; y esperaba ahora colmar su afán escuchando el nombre tan deseado.

Y llegaron las rondallas, y se pararon al pie de su ventana y ella oyó, no el nombre que esperaba, sino una copla que salía del alma de su Antonio; una copla muy triste; parecía que el pobre mozo procuraba reunir al cansaria las pocas fuerzas que le quedaban.

Había desafiado á *aquel* que se atrevió á difamar á su adorada; le había desafiado con intención de hacer que cesaran para siempre las conversaciones que por el pueblo corrían acerca de la honradez de su novia; y el otro tenía muy mala sangre, ya se lo había dicho ella y... á traición, antes de que él hubiera podido darse cuenta de ello, le hundió la navaja en el pecho.

Con voz débil, rogó á sus amigos que le llevaran frente á casa de su adorada y de él era la copla que ella escuchó y cuya última palabra al extinguirse como un suspiro le pareció como la queja de una alma que abandona este mundo.

SANTIAGO A. NARRO

Vive con su tía  
doña Nicolasa,  
desde muy pequeña,  
la pobre Esperanza;  
joven muy humilde,  
muy buena, muy casta,  
que por sus virtudes  
casi una santa.

Modelo de niñas  
buenas y aplicadas,  
no asiste á tertulias,  
ni las horas pasa  
coquetonamente,  
como otras muchachas  
ligeras de cascos,

# MUCHACHA MODELO

tal señora, á nadie  
sorprende ni extraña  
trate á su sobrina  
cual bestia de carga.

De las buenas prendas  
de la chica, hablaba  
con una vecina  
doña Nicolasa;  
y dijo en su elogio:  
—Con candil buscada,  
no se halla otra chica  
como mi Esperanza.  
Yo la quiero mucho  
porque es una alhaja  
que no tiene precio.



hena de modestia  
esconde sus gracias,  
y como una negra  
sin cesar trabaja.  
Ella tiene siempre  
limpias y aseadas  
las distintas piezas  
que tiene la casa;  
ella compra y guisa;  
ella lava y plancha;  
remienda la ropa;  
arregla las camas;  
cuida de los bichos  
y acarrea el agua.

Con una sobrina  
de prendas tan raras  
como la que tiene  
doña Nicolasa,  
no es indispensable  
el tener criada;  
y como las gentes  
dicen que es avara

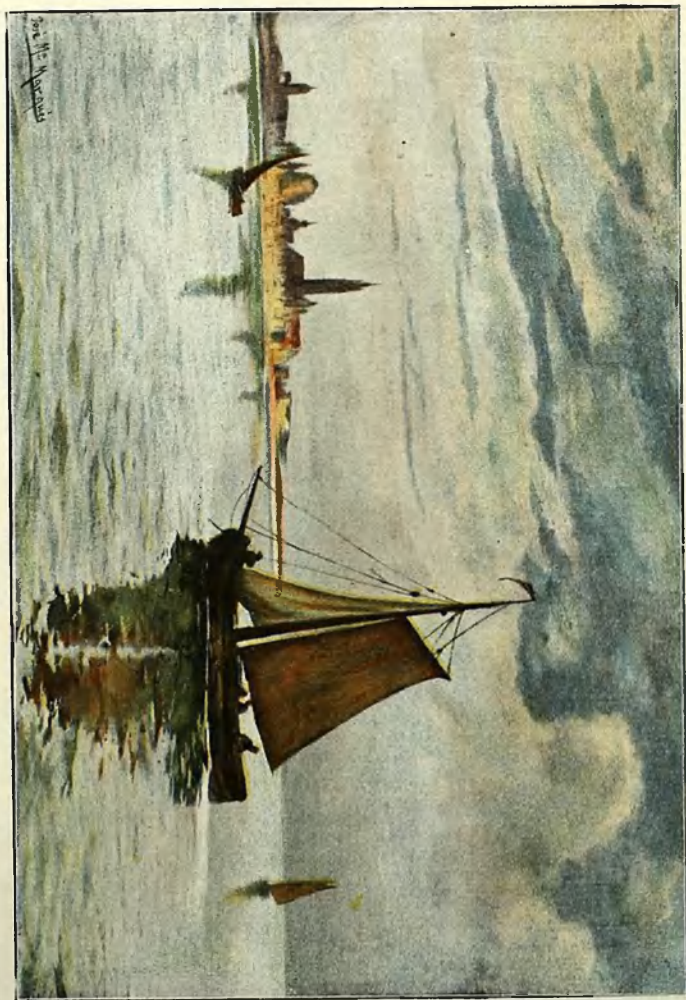
que el tiempo malgastan  
exhibiendo el talle  
por calles y plazas,  
haciendo conquistas,  
y escribiendo cartas,  
tal vez porque opinen  
que es falsa la máxima  
de que el paño bueno  
se vende en el arca.  
Todo lo contrario:  
la pobre Esperanza  
como florecilla  
oculta entre matas,

—Razón no le falta,—  
replicó al punto  
con donaire y guasa  
la vecina, que era  
muy desahogada,—  
con usted convengo  
en que la muchacha,  
para quien la explota,  
es joya estimada  
que no tiene precio...  
;Porque no la paga!

J. F. SARMIENTOS I AGUIRRE



MARINA, por José M. Marqués



## EL VECINO INDISCRETO

Allá por los años de 1860 y tantos había en Ríela un boticario modelo de honradez, de constancia y de abnegación, pero modelo, al mismo tiempo, de memoria desdichada. El bueno de D. Serapio, que así se llamaba nuestro héroe, llegaba al colmo en punto á olvidarse de las cosas.

Cuenta hubo que cobró dos ó tres veces, porque no se acordaba de haberla cobrado con antelación. Y llegó á cobrarla dos y tres veces porque, como buen aragonés, cuando se le metía una cosa en la cabeza, quieras que no, había de salirse con la suya.

Jamás tuvo practicante, ni mancebo; él hacía los emplastos y él los despachaba. Así, la ganancia que le daba su clientela iba íntegra á parar á sus bolsillos. Además, que no teniendo á ningún extraño dentro de su casa se evitaba naturalmente el sobresalto constante de que pudiera quitarle algo dejando, como dejaba siempre que salía, abierto de par en par el cajón en que guardaba el dinero de la venta. Era tan distraído que según sus vecinos, más de una noche se acostó dejándose la botica abierta.

Estaba soltero á sus años, que eran ni más ni menos que los cincuenta y cinco, porque jamás tuvo novia que le durase arriba de quince días. Ello era que, cuando más embelesado parecía que estaba, de la noche á la mañana se olvidaba por completo de sus firmes juramentos, de la calle en que iba por las noches á «pelar la pava» y hasta del rostro y nombre del objeto de sus ansias... del día anterior.

Y no es que á él le fueran indiferentes los atractivos del bello sexo... ¡*¡helo!* como él le decía. Antes por el contrario, se le hacía la boca agua siempre que en la tertulia de la botica oía referir las aventuras cortesanas del hijo mayor del Registrador. ¡Aquello sí que había sido *correría!* ¡Y correría en grande!

D. Serapio no jugaba solo á la lotería, porque tenía la convicción de que no se acordaría nunca y llegaría el sorteo, y se publicarían las listas y no sabría jamás si era «agraciado» ó no. Es decir, quizás recordase que había comprado el décimo al día siguiente de haber caducado. Porque estos flacos de memoria cuando se acuerdan de algo, es precisamente cuando no debieran acordarse. Por esta razón solamente *echaba á la lotería* en un sorteo anual, en el de Navidad, para el cual «llevaba» una participación no escasa en el billete que jugaba lo *principalito* del pueblo. Y aconteció que un «ño le cayó un premio de los *decentes* y que se encontró de golpe y porrazo dueño de un capitalito «respetable».

Y lo primero que se le pasó por las mientes fué traspasar la botica, y marcharse del pueblo y echar una cana al aire. Dicho y hecho. Decidió ir á Madrid y al último día de enero fué á despedirse, uno por uno, de todos sus amigos. Llegó á casa del Registrador en ocasión en que sólo estaba el chico «madrileño» que tal fama de conquistador tenía entre sus convecinos.



—Aquello es un encanto,—decía el muchacho al boticario.—Yo en dos meses tuve relaciones con todas las tipples y todas las coristas de un teatro.

D. Serapio abrió unos ojos tamaños.

—¿Cómo se llama el teatro? Y ellas cómo se llaman?

—El teatro, Capellanes; y ellas, la Pura, la Rosa, la Pérez, la López... ¡Estas son las más ligeras de cascos!

—Y cómo se las conquista? Porque tú...

—Pues muy sencillo; se las invita á cenar ¡todas cenar! y... pan comido.

—¡Magnífico! ¡Ya era hora de que yo la corriera! Capellanes, la Pura, la López. ¡No se me olvidará!

El pobre D. Serapio no contó con su ingrata memoria, y llegó á Madrid y quiso recordar ¡y nada! Ni el nombre del teatro, ni los de sus «futuras» conquistas.

Pero tuvo una feliz idea. Conste que esto de «feliz idea» lo pensó él.

—No pasará eso sólo en el teatro de las aventuras del chico del Registrador. ¡Pues buena es la gente de tablas! En todas partes cocerán habas.

Y entró en el primero que se le vino «á las manos». En el Español.

Era noche de estreno. D. Serapio compró una butaca de segunda fila y le tocó sentarse al lado del crítico de uno de los diarios más acreditados, hombre extremadamente serio y de modales nada corteses.

Empezó la representación. En escena aparecía una actriz.

D. Serapio lleno de curiosidad se dirigió á su vecino.

—Caballero, usted dispense. ¿Conoce usted á esa cómica?

—Sí.

—Y cómo se llama?

—Matilde Díez.

—Y diga usted ¿esa cena?

—¡Claro que cenará! ¡Valiente pregunta!

—Quiero decir cuando la cena da pie para...

—¡Yo que sé! ¡Déjeme usted oír!

—No le ha gustado mi pregunta. Por lo visto tendrá «algo que ver» con ella,—se dijo para sus adentros el boticario.

A la escena siguiente salió otra actriz.

—Caballero, usted dispense. ¿Conoce usted á esa que ha salido?

—Sí.

—Y cómo se llama?

—Pepita Ilijosa.

—Y diga usted ¿esa cena?

—¡Yo que sé! ¡Déjeme usted en paz!

La misma indiscreción, volvió á repetirse otras dos ó tres veces. D. Serapio cada vez más curioso y más intrigado; el crítico cada vez más descortés y más agrio.

Poco antes de terminar el primer acto salió á escena un nuevo personaje. Un conde del siglo xii.

El crítico dió un golpecito en el hombro de sus indiscreto vecino.

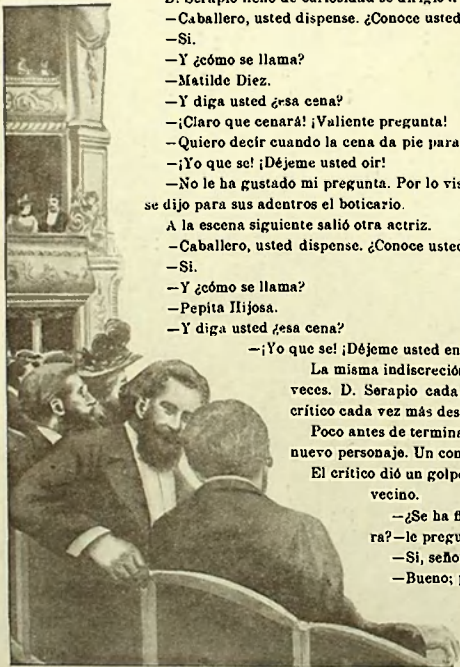
—¿Se ha fijado usted en ese actor que sale ahora?—le preguntó.

—Sí, señor.—res; ondió D. Serapio.

—Bueno; pues ese se llama Antonio Pizarroso.

—Bien ¿y qué?

—Que ese... ¡¡cena!!



FELIPE PÉREZ CAPO





# La Felicidad.

Un día, el Señor Dios, que estaba muy aburrido de las necias quejas de los mortales, dijo: «Voy a daros gusto una vez por todas. Ya que ninguno de vosotros se halla contento con su suerte, voy a concederlos la facultad de dejar, cambiar ó vender vuestras enajenidades y prendas tanto las del cuerpo como las del alma.» ¡Qué alboroto produjo esta concesión del Eterno! ¡Qué alegría tan universal!

Los periódicos y las esquinas se llenaron de anuncios por el estilo de los siguientes:

«Se desea una cabeza de mujer guapa, con pelo rubio y labios muy rojos. En cambio se darán doscientos reales en billetes, un carácter apacible y una mano derecha que es hábil para la costura».

«Se vende una fisonomía de hombre, muy propia para gobernador de provincia, y el bastón de mando correspondiente.»

«Brazo hercúleo, que derriba un toro de un puñetazo. Se alquila por horas.»

«Ganga. En pago de una cara cualquiera se da otra, y además cincuenta duros. El cambio se ha de verificar de noche. Y no vale arrepentirse.»

«Pelo propio! Se vende con su respectiva cabeza.»

Al principio todo marchó bien. Hubo facilidad en los cambios: los ricos compraron lo que les hacía falta: los pobres remediaron su necesidad vendiendo todo lo bueno que poseían y que no les daba de comer. Ni los más favorecidos por Dios dejaron de utilizar el privilegio: mujeres bellísimas, que seguramente no se hubieran cambiado en junto por ninguna, tuvieron el capricho de cambiar sus cabellos por otros ó de tomar un defecto á cambio de una perfección: y á muchos sabios les dió la manía de alquilar cabezas de tonto para usarlas de cuando en cuando. Por cierto que algunos se quedaron con ellas definitivamente, porque les parecía molesto volver á tomar las propias.

Con el uso, vino el abuso, y se vendía y se empeñaba todo. Los prestamistas hallaron ocasión de escoger las mejores cualidades y se convirtieron en seres de clase infinitamente superior á la de la mayoría de los humanos. Estos, al verse avasallados por la usura y próximos á sucumbir ante la irresistible fuerza de sus mayores enemigos, pusieron el grito en el cielo, y rogaron á Dios que dejara las cosas como estaban anteriormente.

Acedió el Eterno, y se armó la de Dios es Cristo. Cada mortal pedía que le devolvieran lo bueno y se negaba á recibir lo malo y á devolver lo mejor. Los caracteres inaguantables, los rostros feos, las jorobas, los brazos paráliticos y las piernas mal formadas andaban por el aire, rechazados por todo el mundo y sin hallar dueño que los reconociera. Fue menester que Dios se incomodara y sólo así pudo terminarse la cuestión.

Pero quedó la humanidad más descontenta que nunca.

Total: que para ser feliz no hay más que esta receta: *confórmate con lo que tienes.*



NEMO

## EL ARTE MODERNO



LAS LAGUNAS PONTINAS, cuadro de Pradilla

Desde la más remota antigüedad, como lo demuestran las pinturas de las tumbas egipcias, ha sido la agricultura fuente de inspiración para el arte. La siega y la vendimia han llegado á ser asuntos verdaderamente clásicos, y modernamente, con Millet, se ha formado una escuela que ha elevado hasta la esfera de lo épico la siembra, la recolección, etc. A ella pertenece Tomson, como puede verse en *Rastrillando*. El ilustre Pradilla ha reproducido una vista de las *Lagunas Pontinas*, de siniestro renombre por las fiebres que en ellas se contraen, llamadas por los italianos la *mal' aria*. Es una comarca muy pintoresca, pero que como otras cosas, también muy pintorescas, es fatal á los que se arriesgan por ella sin las debidas precauciones, si bien estas pueden reducirse á una sola, y es evitar la picadura de los mosquitos.



RASTRILLANDO, cuadro de Tomson



# *¡Protegido!*

(A la luz de circunstancias)

—A las dos.

—¡Ahí estaré

y cual te portas vero.

N. Suarez (Irauso)

*Ufano, altivo, alegre;* pero no enamorado, — porque ni la mucha edad, ni los varios achaques á la mucha edad inherentes se armonizaban con lozanías amorosas, — iba por esas calles, pisando muy fuerte, casi casi escupiendo por el colmillo y mirando por encima del hombro á todo transunto y aun á toda *transunta*.

Don Gil, no el de las calzas verdes, sino Don Gil del Ojo y Bueno, cesante de no recuerdo que ramo, pero, en fin, de un ramo que no hay ahora, pero que sí había en tiempos de la República; tiempos desde los cuales, nuestro Don Gil (que no es nuestro, por de contado) no ha vuelto á servir en ramo alguno.

Desde enero de 1874, — ¡ya ha llovido desde entonces! — Don Gil del Ojo se las había buscado, y perdónen lo vulgar de la locución, trabajando en distintas y muy variadas ocupaciones, cuya enumeración no viene á cuento porque era él de suyo laborioso y tracista, pero cuando con la vejez, vino el decaimiento de fuerzas físicas y, lo que es más triste, la desconfianza en sí mismo, principió para el pobre Ojo y Bueno, doloroso calvario que, según las trazas, no había de concluir sino con su existencia: ese calvario del pretendiente; que tanta risa da al que no lo sigue.

Pero hubo un día en que el horizonte apareció para Don Gil, completamente despejado. Sin que él lo procurase, previa solicitud suya, había encontrado cuando menos lo esperaba, un protector, un protector de veras... ¡el ideal de todo pretendiente sin influencia, ni recomendaciones!

En un paseo solitario hallóse de manos á boca,



según dice el vulgo, á su antiguo condiscípulo *Pepe Verduras y Sinlucha*, uno de los personajes más influyentes en la situación. Pensó *Don Gil* que *Pepe*, lo mismo que todos los amigos de antaño, principalmente los que le debían algunos favores, pasaría á su lado haciéndose el distraído y afectando no verlo; pero se equivocó: *Pepe* lo detuvo, le habló con mucho afecto, escuchó con interés cuanto *Don Gil* le dijo acerca de sus pretensiones y prometió, muy expresivamente, prestarle ayuda.

—Pues si tú me ayudas, — dijo el buen *Don Gil*, ya tengo la credencial en el bolsillo.

—Dalo por hecho, — replicó *Pepe*; y con esto y con decir el personaje á su protegido que no dejara de visitarlo en la oficina donde le encontraría seguramente de doce á una, todos los días, terminó aquella entrevista casual que fué para *Don Gil* bienhechor oasis en el largo desierto de sus peregrinaciones infructuosas.

A la cita, dada por *Verduras* se dirigía *Ojo Bueno*, cuando lo hemos visto arrogante y satisfecho de sí mismo dirigiéndose al Ministerio para recoger la credencial que, en

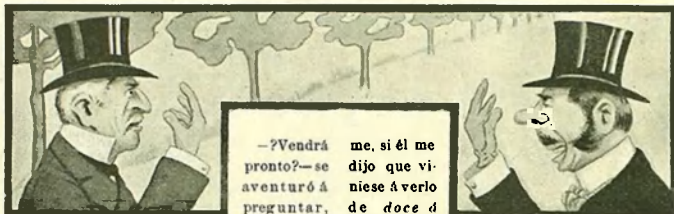
opinión del infeliz, le tendría *Pepe* ya preparada.

Y ya lo tienen ustedes, mano á mano, con un portero, mayor ó menor, pues en esto no se hallan conformes los cronistas.

En lo que sí están de acuerdo todos es en decir que el portero negó á *Don Gil* la entrada, diciéndole que el señor *Sinlucha*, no estaba todavía en su despacho.

—Me extraña, — replicó *Don Gil*, — porque estoy citado á esta hora precisamente.

—Bueno, pues no está; — repitió el portero bastante mal humorado.



midamente. Ojo Bueno.

—No se nada;—contestó, casi gruñendo, el desabrido y áspero dependiente, con un tono que daba por terminada la conversación y señalado al pregunton inojortuno la mampara de salida.

Esta misma escena se reprodujo seis ó siete veces en el transcurso de otros tantos días y siempre con idéntico resultado.

La paciencia de D. Gil, paciencia acrisolada y curtida en muchos años de hacer antesalas y solicitar audiencias, tocaba á su término.

—Hombre,—dijo cierto día al portero (que ya se había humanizado algún tanto, merced á ciertas mañas de que el pretendiente, muy experimentado en el arte, había empleado,—entregue usted á mi amigo Verduras esta tarjeta mía.

—Se la entregaré,—contestó el portero, y al contestar dejó ver en su rostro siempre avinagrado y lúgubre una inverosímil sonrisa,—se la entregaré; pero será inútil.

—¿Inútil?

—Del todo.

—Pues ¿por qué? Si él me dijo, puede usted creer-

me, si él me dijo que viniese á verlo de doce á una.

—Pues por eso mismo.

—¿Cómo?

—Que de doce á una es precisamente cuando Don José no está aquí, porque á esas horas se va todos los días para almorzar. Y nos tiene dicho muchísimas veces:

«Si yo cito á cualquiera para horas en que no estoy, ya saben ustedes que no quiero estar cuando él venga.»

De modo que ya lo sabe usted, usted puede venir cuantas veces quiera y á las horas que se le antoje; pero *casualmente* Don José no estará nunca.

Desde aquel día Don Gil ha renunciado á buscar protectores y cuando algún personaje le cita para hablar de su plato, no falta á la cita, pero cambia la hora.

Así y todo, el empleo solicitado no lo ha conseguido todavía.

Y como no es ya buen mozo, ni tiene mujer guapa, es muy probable que no lo consigra.

J. Sánchez Pérez

( dibujos de F. Verdaguer )



## ESFUERZO INÚTIL

Cual rugiente volcán que de la tierra en las entrañas encendida muge, y á su candente impulso treme y cruje todo el recinto de la cubierta sierra, así la llama que mi pecho encierra, y que ardiera tácil reduce, cual ahogado rumor profundo ruge trabando con mi mente cruda guerra.

Más, al fin, la pasión que me subyuga, ha de lograr indómita la fuga rompiendo de mi pecho el frágil muro. ¡Oh, Erminda amada, si pudieras verla! Es tal que, si me esfuerzo en contenerla, ¡explotará mi alma de seguro!

GUILLERMO DE LOS SANTOS BORSO







ONDINA, cuadro por R. Bar

Ayuntamiento de Madrid

Sab  
votad  
jas de  
obrer  
pueda  
este o  
tanto  
gator  
Per  
de de  
bre qu

las obr  
lir con  
benéfico

En ef  
la obre  
costure  
cos es u  
2,75, 2,5  
otras, s

Pero  
cias el  
rera en  
corrien

Ahora  
3 francos  
cos al a  
ganar n

Resul  
ctraba  
nos que  
se una r  
trabaja

H. B. B. B.

# PEPITORIA

## ¡POBRES MUJERES!

Sabido es que en Francia se ha votado ahora una ley creando *Cajas de retiro* para que al llegar los obreros á los sesenta y cinco años puedan cobrar 1 franco diario. Con este objeto tienen que ingresar un tanto cada año en dicha caja, obligatoriamente.

Pero, como ha hecho notar el conde de Haussonville, que es el hombre que más conoce la miseria de

## JEROGLIFICO



las obreras, estas infelices van á salir con las manos en la cabeza de la benéfica ley hecha en su favor.

En efecto, comenzando por París, la obrera (su ongamos como tipo la costurera en blanco) que gana 3 francos es una reina; la mayoría ganan 2,75, 2,50 y sobre todo, 2 francos; otras, solo ganan 1,75 ó 1,50.

Pero esto es en París; en provincias el salario mayor de una costurera en blanco es de 2,50 francos; lo corriente, 2 francos, y en Lyon, 1,50.

Ahora bien: los obreros que ganan 3 francos, han de entregar 30 francos al año para la caja, y las que ganan 1,50 han de entregar 15.

Resultado: que la obrera que procuraba economizar,—cosa poco menos que imposible,—para comprarse una máquina de coser, y poder trabajar en casa, tendrá que renun-

ciar á la compra de aquel instrumento de trabajo, y se verá obligada á no poder abandonar el taller.

Segundo: existen gran número de sociedades de socorros mutuos, cuyas cuotas importan en 184 á 20 francos al año; la obrera tendrá que darse de baja en ellas, para poder ingresar la cantidad que se le exige para la *Caja de retiros*, de manera que si pilla una bronquitis, nada más fácil que degenerar en tuberculosis, por falta de asistencia y de cuidados, y que se muera antes de llegar á los 65 inviernos, si bien con gran provecho, á la verdad, para la tal Caja, que tendrá que atender á uno menos.

La solución consistiría, quizás, en favorecer, mediante subvenciones, las sociedades de socorros mutuos, haciendo que no solamente asistiesen á sus individuos en las enfermedades sino que pudiesen pasarles una pequeña renta vitalicia en caso de invalidez.

Hay que desconfiar siempre de la legislación estatista. A veces queriendo *proteger* le hace un flaco servicio al protegido.

En China vi yo á un chinito que era hijo de un mandarin y adoraba el *callicida* del doctor LADIVONSIM,

## NIMIEDADES

Yo pregunto por ella á las olas que bañan la playa; y la espuma que llega sin fuerzas y besa mis plantas.

Yo pregunto por ella de noche al Océano en calma...

Pero el mar y la espuma y las olas, me escuchan y callan.

Yo conservo todos sus recuerdos; guardo su retrato; y me pas' de noche las horas, los objetos besando.

Yo recuerdo las tiernas palabras de sus puros labios; y con ella soñando me duermo...

¡Si la quiero tanto!

LUIS DEL ARCO

## ROSAL GIGANTE

En el valle de Chevreuse, aldea de Fourcherolles, cerca de Dampierre (Sena y Oise), existe un rosal, ingerto hace quince años, que mide hoy 4,70 metros de altura y una circunferencia de 12 metros. El tron-

co mide 26 centímetros de circuito á ras del suelo y 29 por debajo del ingerto. Este rosal pertenece á la variedad llamada «Recleno de M. Brod.»

## TERCETO GEOGRAFICO



Sustituidos los asteriscos por letras léase horizontal y verticalmente:

- 1.° Río de Lago.
- 2.° Pueblo de Navarra.
- 3.° Lugar de Segovia.

## NOVEJARQUE

Las soluciones en el próximo número.

## SOLUCIONES

a los pasatiempos del número anterior.

**Frase hecha.**—Hacerse un lio.

**Poesía poligráfica.**—

La poesía es la dolor de D. Ramón de Campomator titulada:

## LAS BUENAS PECADORAS

Después de días de tormentos llenos de *vi* en misa rezar con santa calma, y dije para mí.—Del mal el menos: da el cuerpo al diablo, pero á Dios el alma!

Leyendo la última letra de las cuatro palabras suprimidas se verá que expresan:

«IRIS»

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

P. X. G.—Se ve que tiene usted imaginación, inventira, pero también se nota mucha inaperiencia; con todo, no le de cuidado eso, pues se irá corrigiendo de ello de cada día.

R. M. P.—Tolledo.—Sólo hay un cantar que pueda pasar; los demás son defectuosos. C. C. G.—Sólo por habernos trasapelado una cuartilla de la *Correspondencia particular* no apareció la contestación, acordándole recibo de sus poesías y artículos y dándole mi gracias por todo, que, como no es menester decir, está perfectamente bien.

M. del R.—Madrid.—Con verdadero gusto he podido convencerme de que verídica usted muy bien, y no tiene necesidad de ir á buscar fuera de casa lo que tiene en la suya. La poesía que he enviado le resalta, pues, en buen ensayo, pero nada más. Confíe usted y saliremos con la nuestra.

F. G. y G.—No puede publicarse. *Katalfolio*.—Madrid.—Se ha equivocado usted de puerta, fábrega compadre. F. de B. R.—No señor.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTISTICA Y LITERARIA \* INSCRIBASE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLOGRÁFICO EDITORIAL «LA TRÉMICA», PLAZA DE TITUAN, 16.—BARCELONA

## LOS GANSOS

(HISTORIETA MUDA POR ROJAS)

